

La muralla de papel

Historia general de Cartagena

Eduardo Lemaitre

Banco de la República, 4 Vols.
Bogotá, 1983.

Se interrogaba Johan Huizinga, en uno de sus célebres ensayos, sobre la fertilidad del trabajo más humilde del historiador, realizado entre polvorientos y enrevesados manuscritos, que produce como fruto monografías especializadas, sobre puntos acaso demasiado concretos, parciales y aislados del pasado. Y, con agudeza, el mismo Huizinga respondía a sus cavilaciones con una solución inmejorable: por necesidad debe existir un proceso gradual mediante el cual las labores especializadas y el trabajo de campo del historiador vaya alimentando las indispensables síntesis, mucho más globales.

Son, empero, distintas las cualidades que se necesitan para realizar una y otra clase de historia. Mientras que el investigador que se enfrenta a las fuentes primarias —archivos y voces, muebles, enseres, edificios e instrumentos— debe contar con una adecuada proporción de suerte y de paciencia, donde necesariamente prevalecerá la paciencia, el otro, el autor de las síntesis, debe aunar cualidades literarias y diáfana visión de conjunto.

La *Historia general de Cartagena* es, acaso, el ejemplo más acabado y más perfecto entre las obras de síntesis histórica que se han realizado en el país. Predestinada a convertirse en un clásico, acaso lo primero que hay que anotar de esta obra es su alta calidad literaria, que no se define por el engolamiento o la pedantería, sino por todo lo contrario, por su extraordinaria amenidad, que convierte la lectura en una absoluta delicia. Lemaitre ya había mostrado sus excepcionales dotes de novelista —cualidad que Michelet le pedía a los historiadores— en una obra anterior, *Panamá y su separación de Colombia*, que luego tomó el destino de una obra de teatro y televisión, *I took Panama*. Pero en esta historia de Cartagena, Lemaitre supera su bri-

llante ejecución anterior; aquí el historiador navega, literalmente, en sus propias aguas y la calidad excepcional de su narración se adorna, además, por el conocimiento exhaustivo, por la inmediata cercanía, por la visceral sabiduría que confiere el amor por su tema.

Lemaitre es cartagenero. Allí nació en 1914. Hizo estudios de derecho, letras y humanidades en Bogotá, París y Madrid. Ha sido gobernador de su departamento y senador de la república. Ha escrito innumerables libros de historia —sobre Núñez, sobre Reyes, sobre reclamaciones extranjeras, el ya citado sobre la separación de Panamá— y es también productor de las mejores series sobre historia que ha realizado la televisión colombiana.

El criterio de división de esta historia de Cartagena es el tradicional; se dedica un volumen a cada una de las épocas de nuestra historia, conquista, colonia, independencia y república. La narración, como cualquier novela del siglo XIX, sigue la linealidad del tiempo y comprende una visión totalizadora, que no desprecia tema: la arquitectura, la vida política, los ataques de piratas, la Iglesia, la trata de negros, la economía, etc. Inclusive da cabida a pintoresca historia menuda, que no pocas veces pierde su menudencia y se convierte en hecho relevante.

Tampoco desperdicia la investigación gráfica, y a la amenidad del texto ayuda el acervo ilustrativo de mapas, planos y retratos, que hace visible el escenario y los protagonistas de esta formidable obra.

Por otra parte, su esencial amenidad, su fuerza narrativa que se roba al lector y lo obliga a devorarse la obra entera, su valor puramente literario, no le restan en absoluto rigor histórico. Por el contrario, esta obra de Eduardo Lemaitre está sólidamente respaldada en un aparato investigativo y, por esto, realiza el ideal planteado por Huizinga: cada tema se basa en las investigaciones monográficas conocidas, que sintetiza con privilegiada claridad; en cada punto se indagan, también, testimonios de protagonistas y testigos

de cada acontecimiento. En cada capítulo están, exactas, las referencias bibliográficas, las síntesis biográficas de los personajes citados (labor en la que Lemaitre fue auxiliado por Donaldo Bossa Herazo y Francisco Sebá Patrón). Además, la obra cuenta con completos índices de mapas e ilustraciones, de nombres y temático, y con apéndices documentales.

Una obra ejemplar, donde la seriedad histórica y la profundidad de la investigación nunca se confunden con la aridez en el tratamiento, la interpretación teorizante o el simple y llano aburrimiento.

D.J.A.

Ni pa'lante, ni pa'trás

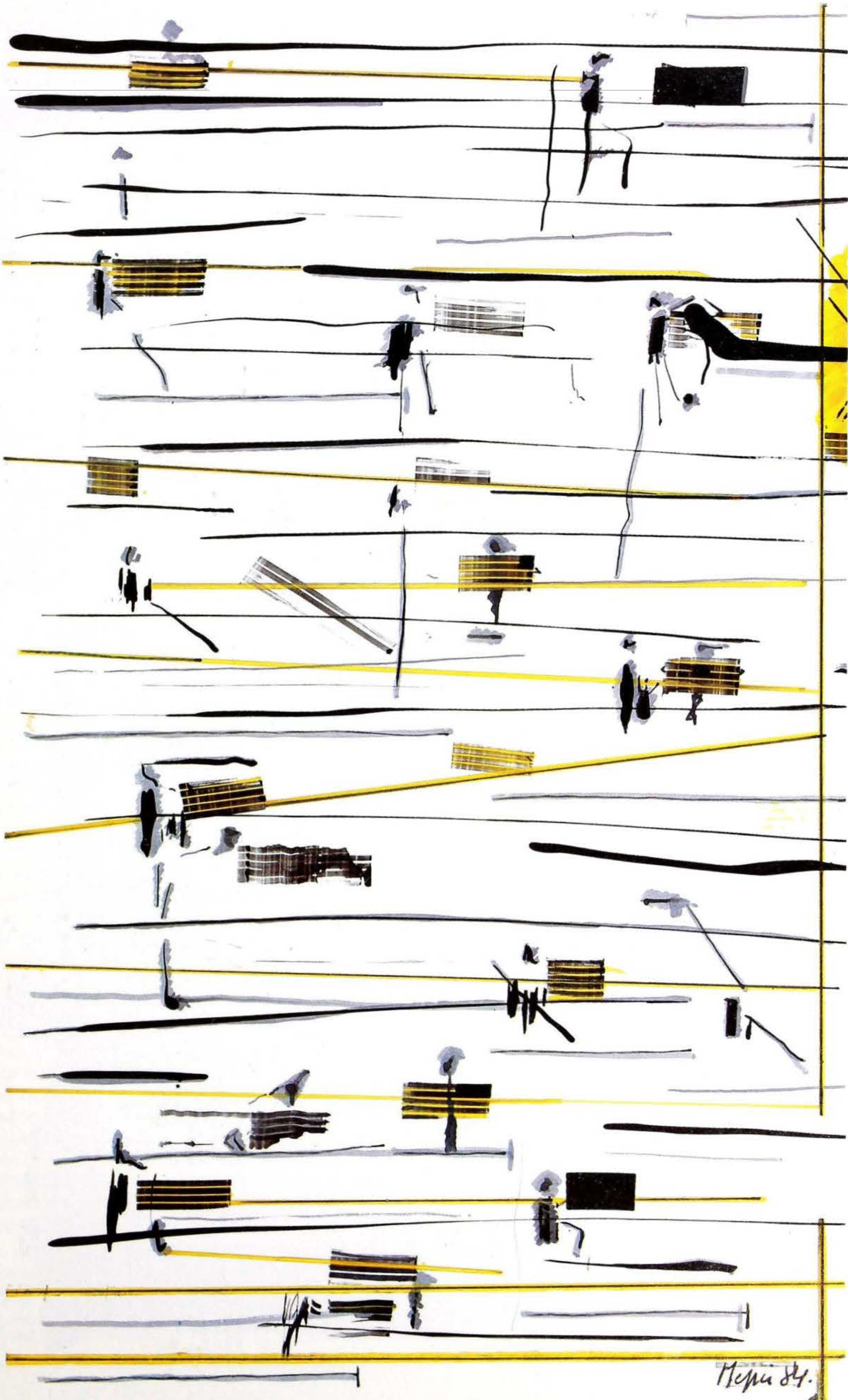
Haciendas, campesinos y políticas agrarias en Colombia, 1920-1980

Darío Fajardo

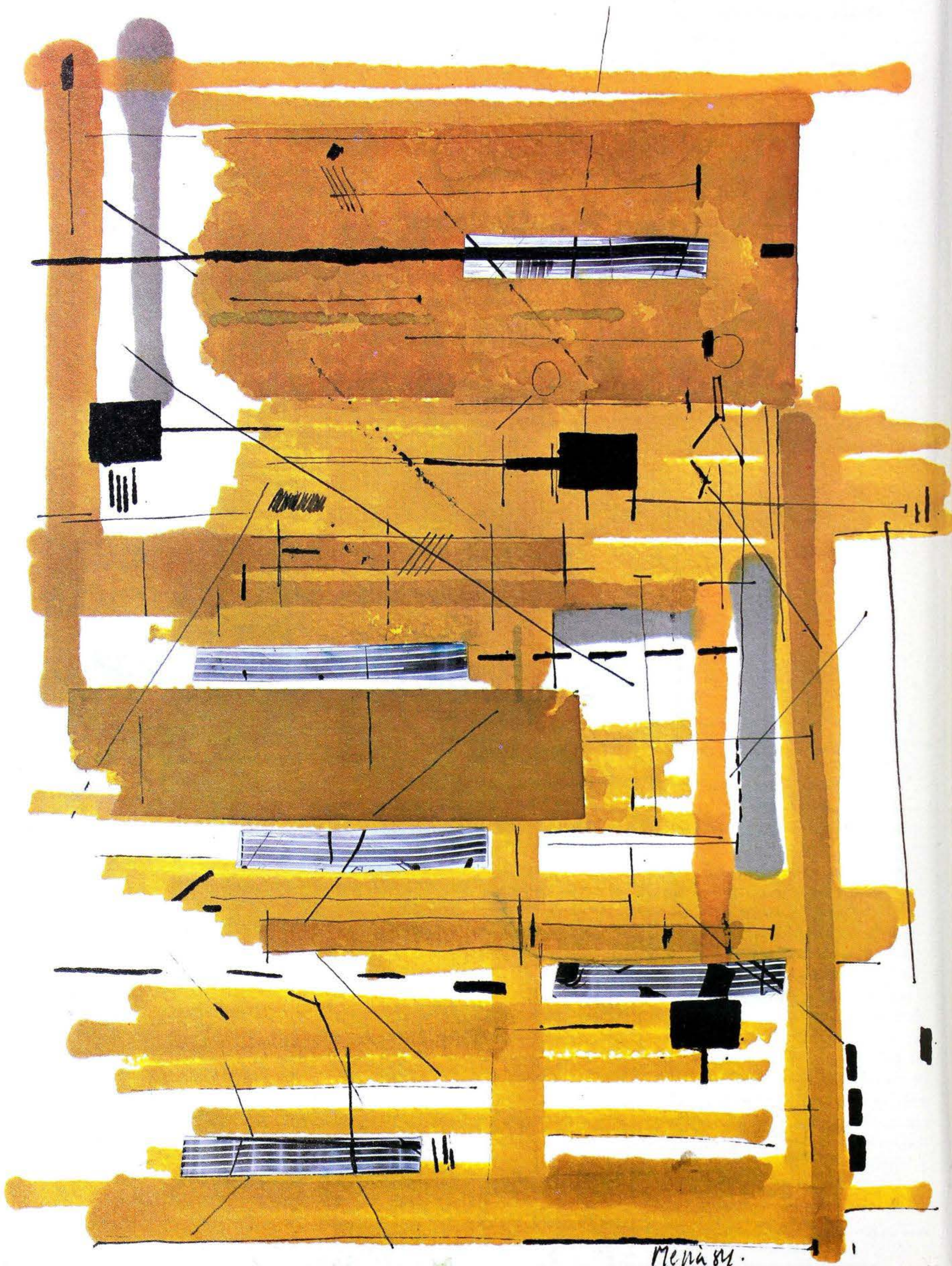
Editorial Oveja Negra. Bogotá, 1984

Dentro del notable desarrollo de la historiografía económica y social durante el último decenio, destacan de modo excepcional dos temas: el desarrollo de la agricultura durante los siglos XIX y XX y los conflictos agrarios durante el siglo XX. Más de ciento cincuenta trabajos sobre el primer tema, y cerca de ciento sobre el segundo, publicados después de 1970¹, dan testimonio de este particular interés de los investigadores nacionales por temáticas que vertebran la comprensión de la sociedad colombiana contemporánea. Es cierto que la mayoría de estos trabajos se refieren, por una parte, a la economía cafetera en sus diversas dimensiones, y por otra, al período conocido como "la Violencia", que no es, por lo demás, independiente de aquella fase de protesta agraria de los años veintes y treintas. Hay, sin embargo, suficientes elementos, aunque dispersos, que justifican y exigen una síntesis.

¹Inventario realizado por el autor de esta nota con destino a Colciencias.



Mepu 84.



Mepi 84.

Lo que Fajardo ha hecho en este texto es precisamente eso: un intento de síntesis, cabalmente logrado, sobre la base de la amplia bibliografía existente². Como síntesis que es, no hay en ella espacio para los detalles o aun para los temas subsidiarios. Cualquier juicio, pues, debe remitirse a las hipótesis centrales que explican las líneas maestras del acontecer agrario en cada período histórico.

De hecho, la historia de la sociedad agraria colombiana, en lo que tiene de esencial, puede reducirse a los vínculos cambiantes que, con mayor o menor fluidez, se producen entre la propiedad territorial y la masa campesina. Haciendas, luchas agrarias, propiedad parcelaria, en fin: cualquiera sea el tema, no son más que formas de esta articulación. La política agraria, al menos hasta hace veinte años, no tiene otro propósito que ocuparse en aquella relación para transformarla, congelarla, orientarla según la fase. Haciendas, campesinos y políticas agrarias, son, pues, los elementos sustantivos de una síntesis de la historia agraria del país que, sin embargo, pudiera interpretarse de distinto modo según el peso relativo que se asigne a cada uno de los elementos.

Quizás el autor conceda, como bien objeta Palacios, una importancia excesiva a la capacidad de la política agraria para transformar los procesos reales, tal vez sobrevalora los determinantes políticos en el desarrollo de los conflictos sociales al tiempo que minimiza aquellas transformaciones estructurales que catalizan los cambios. Podemos estar en desacuerdo con estos matices y con algunas hipótesis centrales como las que se refieren a las vertientes de formación del campesinado, a los alcances reales de la ley 200, a la significación de la violencia en el desarrollo del capitalismo en la agricultura o, incluso, con la interpretación de Fajardo sobre las concepciones do-

²Véase la advertencia de Marco Palacios en la presentación del libro, en la que se indica que, excepto las páginas dedicadas al Desarrollo Rural Integrado (DRI), el trabajo tiene tales propósitos.

minantes en cuanto al desarrollo de la agricultura. Estas divergencias, por supuesto, remiten más a la teoría con la que se interpretan los hechos, que a la percepción que se tenga de ellos. Es forzoso convenir, sin embargo, en que este trabajo es un esfuerzo exitoso en el ordenamiento sintético de las diversas fases de la historia agraria nacional. Lo que resulta de este esfuerzo es en definitiva una nueva manera de examinar las modalidades de desarrollo de la agricultura, en las que, más allá de los visibles cambios en los sistemas productivos, en los patrones de modernización y tecnificación o en las formas de apropiación territorial, subyace un conflicto, de larga historia y aún no resuelto, entre una masa campesina que no acaba de resignarse a sus condiciones de vida, un desarrollo agrario que no es capaz de romper el patrón histórico de concentración territorial y una política agraria que oscila dudosamente entre uno y otro de los términos del conflicto.

JESÚS ANTONIO BEJARANO

Historias regionales e historia nacional

Gracias al esfuerzo intelectual de cuatro historiadores y un sociólogo, contamos hoy con cinco tomos de historia social y agraria del Valle del Cauca desde el siglo XVIII hasta nuestros días.

La historia regional constituye una de las vías actuales para afrontar la tarea de reconocer y contar la historia de los pueblos. Ella resulta especialmente adecuada para reconstruir comprensivamente el acontecer en naciones en las que, como la nuestra, la fragmentación regional fue muy acusada en el período colonial y sobrevivió como uno de sus más determinantes legados hasta nuestro siglo. Hasta cierto punto, escoger esta vía sitúa al historiador en un terreno en el cual es más posible conjurar los peligros de la generalización indebida, de la sobrevalorización de la anécdota y de la gesta heroica con los cuales se llenaban antes los vacíos de una narración que se pretendía total y continua. Hoy sabemos que

no hay *una* historia, y la perfecta continuidad es un mito de la retórica sobre la "patria". Una historia nacional que rescate la diversidad y no niegue ni eluda las discontinuidades de los procesos, encuentra su mejor apoyo en las historias regionales.

Los cinco tomos de *Sociedad y economía en el Valle del Cauca* estudian períodos sucesivos de la historia regional, al parecer sin un acuerdo previo entre los autores. En los casos en los que se sobreponen entre uno y otro, el análisis se ve enriquecido y, en cierto sentido, se confirma la razón de la escogencia de esas coyunturas como claves del tiempo regional. Los aspectos privilegiados en estas historias no son siempre los mismos. Pero a pesar de que en ellas los énfasis son distintos y responden a diferentes preguntas, no existen desacuerdos profundos en la interpretación general. Hay, digamos, un hilo conductor general: la historia social y agraria; y una unidad-eje: la hacienda. Sin embargo, esta unidad no puede ser explicada por sí misma: su suerte cambia con lo que sucede en la minería, en el crédito, en las vías y con las guerras.

La unidad regional trabajada no es exactamente la misma en los cinco tomos. Se trata de recorrer casi tres siglos durante los cuales aquello que pueda considerarse como región cambia, los centros de interés se desplazan y cada tema central, método y acceso a las fuentes llevan al historiador a delimitar de una manera especial su trabajo.

Es indiscutible el valor de esta serie para la historiografía regional y nacional. Ella coloca al Valle del Cauca junto a Antioquia como los dos departamentos más "historiados" del país y como el único con una serie sucesiva desde el siglo XVIII hasta hoy. La calidad del trabajo es excelente. Cuatro de los autores son colombianos, —entre los cuales sólo Zamira Díaz de Zuluaga es vallecaucana— y uno norteamericano.

A continuación se presentarán los cinco tomos

MARGARITA GARRIDO de PAYÁN